

de la suya. Cogía á puñados el barro del pasado, la masa del recuerdo, para hacerla más grande, ¡muy grande!, que ocupara todo el camino, que cerrase el horizonte como un cerro inmenso, que ocultase hasta el último instante el lóbrego desfiladero término de la jornada.

V

La conducta del maestro Renovales fué motivo de extrañeza, y hasta de escándalo, para todos sus amigos.

La condesa de Alberca, mostraba especial cuidado en hacer saber á todos, que no le unían con el pintor otras relaciones que las de una amistad cada vez más glacial y ceremoniosa.

—Está loco—decía.—Es un hombre acabado. No queda de él más que un recuerdo de lo que fué.

Cotoner, en su amistad inquebrantable, indignábase al oír ciertos comentarios sobre el ilustre maestro.

—No bebe. Todo lo que dicen por ahí, son mentiras: la eterna leyenda de los hombres célebres...

El tenía su opinión sobre Mariano: conocía su deseo de una existencia agitada, de imitar en plena madurez las costumbres de la juventud, con un hambre de todos los misterios que creía ocultos en esta mala vida, de la que había oído hablar, sin atreverse hasta entonces á mezclarse en ella.

Cotoner acogía con indulgencia las nuevas costumbres del maestro. ¡Infeliz!

—Estás poniendo en acción las aleluyas de «El hombre malo» —decía á su amigo.—Tienes la voracidad del hombre virtuoso cuando deja de serlo, cerca ya de la vejez. Te pones en ridículo, Mariano.

Pero á impulsos de su fidelidad se dejaba arrastrar por el maestro en su nueva existencia. Por fin había accedido á vivir con él. Ocupaba, con sus pobres trastos, un gabinete del hotel y cuidaba de Renovales, rodeándolo de una solicitud paternal. El bohemio mostraba por él cierta compasión. Era la historia de siempre, «el que no la hace á la entrada la hace á la salida», y Renovales, después de una existencia de seriedad y trabajo, lanzábase á la vida desordenada, con aturdimiento de adolescente, admirando los placeres vulgares, revistiéndolos de las seducciones más ilusorias.

Muchas veces, Cotoner le acosaba con sus quejas. ¿Para qué le había llevado á vivir con él?... Le abandonaba días enteros; quería salir solo; le dejaba en el hotel como un mayordomo de confianza. El viejo bohemio enterábase minuciosamente de su vida. Muchas veces, los alumnos de Bellas Artes, agrupados al anochecer junto al portalón de la Academia, le veían pasar por la acera de la calle de Alcalá, embozado en su capa, con un afectado misterio que atraía la atención.

—Ahí va Renovales. Ese es; el de la capa.

Y le seguían, con la curiosidad que inspira un nombre célebre, en sus idas y venidas por la anchu-

rosa calle, con revuelos de palomo silencioso, como si esperase algo. Algunas veces, cansado sin duda de estas evoluciones, se metía en un café y la curiosa admiración le seguía, pegando los ojos á los cristales de los huecos. Le veían caído en la banqueta, con aire de desaliento, contemplando sus vagos ojos la copa que tenía delante; siempre lo mismo: cognac. De pronto la bebía de golpe, pagaba y salía rápidamente, con la precipitación del que ha tragado un medicamento. Y otra vez continuaba sus paseos de exploración, con los ojos ávidos, mirando por encima del embozo á todas las mujeres que pasaban solas, volviéndose para seguir la marcha de unos tacones torcidos, el aleteo de unas enaguas morenas, con manchas de barro. Al fin se alejaba con repentina resolución; desaparecía casi pegado á la cola de alguna hembra, siempre del mismo aspecto. Los muchachos conocían las preferencias del gran artista: mujercitas pequeñas, débiles, enfermizas, de una gracia de flor mustia, con ojos grandes, mates y dolorosos.

Una leyenda de extraña aberración se iba formando en torno de él. Sus enemigos la repetían en los estudios: la gran masa que no puede imaginarse á los hombres célebres con la misma vida que los demás, y los quiere caprichosos, atormentados por hábitos de extraordinaria monstruosidad, comenzaba á hablar con delectación de las manías del pintor Renovales.

En todas las tiendas de carne humana, desde los

pisos discretos de apariencia burguesa esparcidos en las vías más respetables, á los antros húmedos y mal olientes que arrojan por la noche sus géneros á la calle de Peligros, circulaba la historia de cierto señor, provocando grandes risas. Llegaba embozado, misterioso, siguiendo con apresuramiento el almidonado estrépito de unas faldas pobres que marchaban ante él. Atravesaba el lóbrego portal con cierto miedo, subía la tortuosa escalera que parecía oler á residuos de vida, apresuraba la aparición de las desnudeces con mano ávida, como si le faltase el tiempo, como si creyera morir antes de realizar su deseo, y de pronto las pobres hembras que soportaban con cierta inquietud su silencio febril y el hambre de fiera que lucía en sus ojos, sentían tentaciones de reír, viéndole caer desalentado en una silla, en contemplativo silencio, sin oír las palabras brutales que lanzaban ellas asombradas de la situación; sin hacer caso de sus gestos é invitaciones, saliendo únicamente de este estupor, cuando fría y un tanto ofendida, intentaba la hembra recobrar sus ropas. «Más, un momento más». Casi siempre terminaba esta escena por un gesto de disgusto: una amargura de decepción. Otras veces los maniqués carnales creían ver en sus ojos una expresión dolorosa, como si fuese á llorar. Huía después apresuradamente, oculto en su capa, con repentina vergüenza, con el firme propósito de no volver, de resistirse á aquel demonio de hambrienta curiosidad que llevaba dentro y no podía ver en la calle

un cuerpo femeníl sin sentir un deseo vehemente de desnudarlo.

A oídos de Cotoner llegaban vagamente estas noticias. ¡Mariano! ¡Mariano! El no osaba echarle en cara las vergüenzas de su vida nocturna; temía una explosión del violento carácter del maestro; había que dirigirle con prudencia. Pero lo que más provocaba las censuras del viejo amigo, era la gente de que se rodeaba el artista.

El falso reverdecimiento de su vida le hacía buscar la compañía de los jóvenes, y Cotoner se daba á todos los demonios, cuando á la salida de los teatros, le encontraba en un café, rodeado de sus nuevos camaradas, todos los cuales podían ser sus hijos. Eran en su mayoría pintores, gente que empezaba; unos con cierto talento, otros sin más mérito que su mala lengua: todos satisfechos de la amistad con el hombre célebre, gozándose, con un orgullo de enanos, en tratarle como si fuese un camarada, bromeando sobre sus debilidades. ¡Ira de Dios!.. Algunos más audaces, hasta le devolvían su tuteo de maestro, tratándole como á una ruina gloriosa, permitiéndose comparaciones entre su pintura y la que ellos harían cuando pudiesen. «Mariano, el arte va ahora por otros caminos.»

—¡Pero no te da vergüenza!—exclamaba Cotoner.—Pareces un maestro de escuela rodeado de pequeños. Hay para pegarte. ¡Un hombre como tú, aguantando las insolencias de esa gentecilla!

Renovales mostraba una bondad incommovible.

Eran muy simpáticos; le divertían; encontraba en ellos la alegría de la juventud. Iban juntos á los teatros, á los *music-hall*: conocían mujeres, sabían dónde se ocultaban los buenos modelos: con ellos podía entrar en muchos sitios á donde no se atrevía á ir solo. Sus años, su fealdad grave, pasaban inadvertidos entre esta alegre juventud.

—Me sirven—decía con un guiño de inocente malicia, el pobre grande hombre.—Me divierto y me hacen conocer muchas cosas... Además esto no es Roma: no hay apenas modelos: cuesta mucho encontrarlas y estos chicos son mis guías.

Y hablaba á continuación de sus grandes proyectos artísticos; de aquel cuadro de Friné, con su desnudo inmortal, que había vuelto á surgir en su pensamiento; de aquel retrato amado que seguía en el mismo sitio sin que el pincel pasase de la cabeza.

No trabajaba. Su antigua actividad que hacía de la pintura un elemento preciso de su existencia, desbordábase ahora en palabras, en deseos de verlo todo, para conocer «nuevos aspectos de la vida».

Soldevilla, el discípulo predilecto veíase acosado por las preguntas del maestro, cuando de tarde en tarde presentábase en su estudio.

—Tú debes conocer buenas mujeres, Soldevilla: tú has corrido mucho, con esa cara de querubín... Me has de llevar contigo: me has de presentar.

—¡Maestro!—exclamaba asombrado el joven.—¡Si aún no hace medio año que me he casado! ¡Si no

salgo de casa por la noche!... ¡Qué bromas tiene usted!

Renovales le respondía con una mirada de desprecio. ¡Un vividor el tal Soldevilla! Ni juventud... ni alegría. Todo lo echaba en chalecos multicolores y cuellos altos. ¡Y qué hormiguita! Se había casado con una mujer rica, ya que no pudo atrapar á la hija del maestro. Además, un desagradecido. Ahora se juntaba con sus enemigos, convencido de que ya no podía sacar más de él. Le despreciaba; ¡lástima de protección que le había acarreado tantos disgustos!... No era un artista.

Y el maestro volvíase con nuevo cariño hacia sus compañeros nocturnos, aquella juventud, alegre, maldiciente y falta de respeto. A todos ellos les reconocía talento.

La fama de esta vida extraordinaria, llegaba hasta su hija, con la sonoridad enorme que adquiere todo lo que perjudica á un hombre famoso.

Milita fruncía el ceño, haciendo esfuerzos por contener la risa que le causaba lo extraño de este cambio. ¡Su padre metido á calavera!

—¡Papá!... ¡papá!—exclamaba con una entonación cómica de reproche.

Y papá excusábase, como un muchachuelo travieso é hipócrita, aumentando con su turbación las ganas de reír de su hija.

López de Sosa mostrábase indulgente con su ilustre suegro. ¡Pobre señor! ¡Toda la vida trabajando y con una mujer enferma, muy buena, muy simpá-

tica, pero que amargaba su vida! Bien había hecho en morirse, y no hacía menos bien el artista en indemnizarse un poco del tiempo perdido.

Con esa masonería instintiva de los que llevan una existencia fácil y placentera, el *sportman* defendía á su suegro, lo apoyaba, le parecía más simpático, más allegado á él, por sus nuevas costumbres. No siempre había de estar encerrado en su estudio, con aire irritado de profeta, hablando de cosas que pocos entendían.

Se encontraban los dos hombres por la noche, en las funciones de última hora de los teatros, en la postrera sección de los *music-hall*, cuando las canciones y los temblores de las piernas en alto, eran acompañados por el público con una tempestad de berridos y patadas. Se saludaban; preguntaba el padre por Milita, sonreíanse con la simpatía de buenos compadres, y cada uno se reunía á su grupo: el yerno con sus compañeros de círculo, en un palco, vistiendo todavía el frac de las reuniones respetables de que venían; el pintor en las butacas, con unos cuantos de los jóvenes melenudos que eran su escolta.

Renovales veía con cierta satisfacción á López de Sosa saludar á las *cocottes* más elegantes y de mayor precio, sonreír á las *divettes*, con la confianza de un buen amigo.

Aquel chico estaba admirablemente relacionado, y él acogía esto como un honor indirecto para su personalidad de padre.

Cotoner veíase arrastrado muchas veces por el

maestro fuera de su órbita de graves y substanciosas comidas y tertulias entonadas, que seguía frecuentando para no perder unas amistades que eran su único capital.

—Esta noche vienes conmigo—le decía el maestro misteriosamente.—Comeremos donde quieras y después te enseñaré una cosa... una cosa...

Y le llevaba á oír una pieza en un teatro, permaneciendo inquieto, impaciente, hasta que se desplegaba la fila de coristas en la escena. Entonces daba con el codo á Cotoner, sumido en su asiento, con los ojos muy abiertos, pero dormido interiormente, en la dulce somnolencia de una buena digestión.

—Mira... fijate; la tercera de la derecha, la pequeña... la que lleva el mantón amarillo.

—La veo ¿y qué?—decía el amigo con voz agria por este rudo llamamiento.

—Fijate bien, ¿á quién se parece? ¿A quién te recuerda?

Cotoner respondía con un bufido de indiferencia. A su madre se parecería. ¡Qué le importaban á él tales semejanzas? Pero el asombro le sacaba de su quietismo, al oír que Renovales la encontraba un raro parecido con su mujer, indignándose contra él porque no lo reconocía.

—Pero, Mariano... ¿dónde tienes los ojos?—exclamaba con no menos acritud.—¿Qué tiene esa larguirucha, con cara de hambre, de la pobre difunta?... Tú, en ver un espárrago triste, le plantas un nombre: Josefina... y no hay más que hablar.

Aunque Renovales se irritase en el primer momento ante la ceguera de su amigo, acababa al fin por convencerse. Se había engañado ya que Cotoner no encontraba la semejanza. Debía acordarse de la muerta mejor que él; la pasión no turbaba su recuerdo.

Pero á los pocos días asediaba otra vez á Cotoner con aire misterioso: «Una cosa... tengo que enseñarte una cosa.» Y dejando la compañía de aquellos efebos alegres que irritaban á su viejo amigo, llevaba á éste á un *musich-hall* y le enseñaba otra hembra escandalosa, que levantaba la seca pierna ó movía el vientre, delatando bajo la máscara de colorete la demacración de la anemia.

—¿Y ésta?—imploraba el maestro, con cierto temor, como si dudase de sus ojos.—¿No te parece que tiene algo? ¿No te la recuerda?

El amigo estallaba en indignación.

—Tú estás loco. ¿En qué se parece aquella pobrecita, tan buena, tan dulce, tan distinguida, á ese... perro sin vergüenza?

Renovales, después de varios fracasos, que le hacían dudar de la fidelidad de sus recuerdos, no osaba ya consultar á su amigo. Apenas intentaba llevarle á un nuevo espectáculo, Cotoner se echaba atrás.

—¿Otro descubrimiento?... Vamos, Mariano; quítate esas ideas de la cabeza. Si la gente se enterase, te creería trastornado.

Pero desafiando su cólera, el maestro insistió una noche con gran tenacidad para que le acompañase á

ver á la «Bella Fregolina», una muchacha española, que cantaba en un teatrillo de los barrios bajos, y cuyo nombre de guerra, en letras de á metro, ostentábase en las esquinas de Madrid. Llevaba más de dos semanas de contemplarla todas las noches.

—Necesito que la veas Pepe. Un momento nada más. Te lo suplico... Creo que ahora no dirás que me equivoco.

Cotoner cedió, vencido por el tono suplicante de su amigo. Aguardaron mucho tiempo la presentación de la «Bella Fregolina», viendo bailes, escuchando canciones con acompañamiento de mugidos del público. Aquella maravilla se reservaba para lo último. Por fin, con cierta solemnidad, entre un murmullo de expectación, preludió la orquesta una música conocida de todos los entusiastas de la *divette*, un rayo de luz sonrosada cruzó el pequeño escenario, y salió la «Bella».

Era una muchacha pequeña, esbelta, de una delgadez rayana en la demacración. Su cara, de cierta belleza dulce y melancólica, era lo más notable de su cuerpo. Por debajo del vestido negro con hilos de plata, que se abría en ancha campana, mostrábanse sus piernas de frágil esbeltez, con la carne puramente necesaria para cubrir el hueso. Sobre las gasas del escote, la piel pintada de blanco elevábase con ligerísima protuberancia en los pechos, marcando luego las tirantes aristas de las clavículas. Lo primero que se veía de ella eran los ojos, unos ojos límpidos, grandes, virginales, pero de virgen per-

versa, por donde pasaban las expresiones lividinosas, sin alterar su cándida superficie. Se movía como una novicia, los brazos pegados al talle, los codos salientes, encogida y ruborosa, y en esta posición, iba cantando con voz de falsete enormes obscenidades que contrastaban con su aparente timidez. En esto estribaba su mérito, y el público acogía sus palabras monstruosas con rugidos de júbilo, dándose por satisfecho con esto, sin exigirla que levantase los pies ó moviese el vientre, respetando su rigidez hierática.

El pintor al verla aparecer dió con un codo á su amigo. No osaba hablar esperando su opinión ansiosamente. Con el rabillo de un ojo le seguía en su examen.

El amigo se mostró clemente:

—Sí... tiene algo. Los ojos... la figura... el gesto: la recuerda; es muy parecida... ¡Pero esa mueca de mona que hace ahora! ¡Esas palabrotas!... No; con todo eso pierde la semejanza.

Y como si le irritase que aquella chicuela, sin voz y sin decoro, se asemejase á la dulce muerta, subrayaba con admiración irónica todas las cínicas expresiones en que terminaban sus *couplets*.

—¡Muy bonito!... ¡Muy distinguido!...

Pero Renovales, sordo á estas ironías, ensimismado en la contemplación de la Fregolina, seguía empujándole y murmurando.

—Es ella, ¿verdad?... Igual; el mismo cuerpo... Y además, Pepe; esa chica tiene cierto talento... tiene gracia.

Cotoner movía la cabeza irónicamente. Sí, mucha. Y al oír que Mariano, una vez terminado el espectáculo, mostraba deseos de quedarse á la otra sección y no se movía de su butaca, pensó en abandonarle. Por fin se quedó, arrellenándose en el asiento, con el propósito de dormitar arrullado por la música y los berridos del público.

Una mano impaciente del maestro le sacó de su dulce abstracción. «Pepe... Pepe.» Movié la cabeza y abrió los ojos malhumorado. «¿Qué le ocurría?» En la cara de Renovales vió una sonrisa melosa, traidora; algún disparate que le quería proponer con la mayor dulzura.

—Se me ocurre que podíamos entrar un momento en el escenario; la veríamos de cerca...

El amigo le contestó con indignación. Mariano se creía un pollo, no se daba cuenta de su aspecto. Aquella ciudadana se reiría de ellos; tomaría el aire de la casta Susana, asediada por los dos viejos...

Calló Renovales, pero al poco rato volvió á sacar al amigo de su vaga somnolencia.

—Podías entrar tú sólo, Pepe. Tú entiendes más que yo de estas cosas; eres más travieso. Podías decirle que deseo pintar su retrato. ¡Ya ves, un retrato con mi firma!...

Cotoner rompió á reír, admirando la simpleza de buen príncipe con que el maestro le daba este encargo.

—Gracias, señor; muy honrado por tanta confianza, pero no voy... ¡Grandísimo to'oto! ¿Pero tú crees

que esa chicuela sabe quién es Renovales, ni lo ha oído nombrar en su vida?...

El maestro se asombró, con una simplicidad infantil.

—Hombre, yo creo que el apellido Renovales... que lo que han dicho los periódicos... que mis retratos... En fin, dí que no quieres.

Y se calló, ofendido de la negativa de su compañero y de que dudase que su gloria había llegado hasta aquel rincón. La amistad abusa, con inesperados desdenes, con grandes injusticias.

Al terminar el espectáculo, el maestro sintió la necesidad de hacer algo, de no irse sin enviar á la «Bella Fregolina» un testimonio de su presencia. Compró á una vendedora de flores un cesto muy adornado, que se llevaba á casa con la tristeza del mal negocio. Debía entregarlo inmediatamente á la señorita... Fregolina.

—Sí, á la Pepita—dijo la mujer con aire de inteligencia, como si la uniese á ella cierta intimidad.

—Y le dice usted que es del Sr. Renovales... de Renovales el pintor.

La mujer movió la cabeza repitiendo el nombre. Estaba bien; Renovales. Lo mismo que si le hubiese dicho otro nombre cualquiera. Y sin ninguna emoción tomó los cinco duros que le daba el pintor.

—¡Cinco tiros!... ¡Imbécil!—murmuró el amigo perdiendo todo respeto al maestro.

No se dejó arrastrar más el buen Cotoner. En vano le hablaba con entusiasmo Renovales, todas las noches, de aquella muchacha, sintiéndose impresio-

nado por sus transformaciones. Ahora se presentaba con un vestido de rosa pálido, casi semejante á ciertas ropas guardadas en los armarios de su hotel. Aparecía con un sombrero de flores y cerezas, mucho más grande, pero algo parecido, á cierto sombrero de paja que podía él encontrar entre la confusión de los viejos adornos de la muerta. ¡Ay! ¡Cómo se acordaba de la pobre Josefina! Era un atizamiento de recuerdos que se renovaba todas las noches.

Falto del auxilio de Cotoner, iba á ver á la «Bella» con algunos de los jóvenes de su irrespetuosa corte. Estos muchachos hablaban de la *divette* con un desprecio respetuoso, como la zorra de la fábula contemplaba las lejanas uvas, consolándose con su acidez. Alababan su belleza, vista de lejos; era *lilial* según ellos; tenía la santa hermosura del pecado. Estaba fuera de su alcance; ostentaba valiosas joyas, y según sus noticias tenía poderosos amigos, todos aquellos señoritos que ocupaban los palcos á última hora, vestidos de frac, y la aguardaban á la salida para llevarla á cenar.

Renovales consumíase de impaciencia, no encontrando el medio de acercarse á ella. Todas las noches repetía su envío de canastillas de flores, de grandes ramos. La *divette* debía estar enterada de la procedencia de tales obsequios, pues con sus ojos buscaba entre el público á aquel señor feo y un tanto viejo, dignándose dedicarle una sonrisa.

El maestro vió una noche á López de Sosa salu-

dar á la cupletista. Su yerno podía ponerle en relaciones con ella. Y, audazmente, con un impudor de apasionado, le esperó á la salida para implorar su auxilio.

Quería pintarla; era una modelo magnífica para cierta obra que llevaba en el pensamiento. Lo dijo con cierto rubor, tartamudeando, pero el yerno rió de su timidez, mostrándose dispuesto á protegerle.

—¡Ah, la Pepita! Una gran mujer, y eso que ahora está en decadencia. Con esa cara de colegiala, ¡si usted la viese en una juerga! Bebe como un mosquito... ¡Una fiera!

Pero luego, con expresión grave, expuso los inconvenientes. *Estaba* con un amigo suyo; un muchacho de provincias, ganoso de notoriedad, que perdía una parte de su fortuna en el juego del Casino, dejando tranquilamente que devorase la otra aquella chicuela, que le daba cierto renombre. El la hablaría; eran antiguos amigos; nada malo, ¿eh, papá?... No sería difícil convencerla. La tal Pepita tenía predilección por todo lo raro; era algo... romántica. Él le explicaría quién era el gran artista, encareciendo el honor de servirle de modelo.

—Por dinero no lo dejes—murmuró el maestro con angustia.—Todo lo que ella quiera. No temas mostrarte generoso.

Una mañana Renovales llamó á Cotoner para hablarle con grandes extremos de alegría.

—¡Va á venir!... ¡Va á venir esta misma tarde!

El viejo paisajista hizo un mohín de extrañeza. «¿Quién?»

—La «Bella Fregolina»... Pepita. Me avisa mi yerno que la ha convencido; vendrá esta tarde á las tres. El mismo la acompañará.

Luego tuvo una mirada de desolación para su taller de trabajo. Estaba abandonado desde hacía algún tiempo; había que arreglarlo. Y el doméstico por un lado y los dos artistas por otro, comenzaron apresuradamente el aseo de la gran nave.

Los retratos de Josefina y el lienzo con sólo su cabeza, fueron amontonados en un rincón, cara á la pared, por las febriles manos del maestro. ¿Para qué aquellos fantasmas si iba á presentarse la realidad?... En su lugar colocó un gran lienzo blanco, contemplando su virgen superficie con ojos de esperanza. ¡Las cosas que iba á hacer aquella tarde! ¡Qué fuerza sentía para el trabajo!...

Al quedar solos los dos artistas, Renovales se mostró inquieto, incontentable, pareciéndole siempre que faltaba algo para esta visita en la que pensaba con escalofrios de inquietud. Flores; había que traer flores; llenar todos los vasos antiguos del estudio, crear un ambiente de suave perfume.

Y Cotoner recorrió el jardín con el criado, puso á saco la *serre* y volvió á entrar con una brazada de flores, obediente y sumiso como un amigo fiel, pero con un reproche irónico en los ojos. ¡Todo aquello por la «Bella Fregolina»! El maestro estaba trastornado; había vuelto de golpe á la infancia. ¡Con